

MENSAJERO DEL**CENTRO DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS DE LA**

Cédula AGN: MX05035AHUIL

Dirección General Educativa

Torreón, México. 30- I -2009

Buzón electrónico: sergio.corona@lag.uia.mxPágina Web del C.I.H.: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

Mensajero, “internet resources, publications, periodicals” de la UNESCO.

Mtro. Quintín Balderrama López, SJ. Rector de la UIA-Torreón.
Mtra. María Luisa Madero Fernández del Castillo. Dirección General Educativa
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinación del Centro de Investigaciones Históricas

Número 122

ÍNDICE

página

Noticias del Centro de Investigaciones Históricas	2
La Compañía Volante de San Carlos de Parras (Segunda parte)	3
El Mostrador. El síndrome del narrador	10
El rincón del poeta	14
Libros del Centro de Investigaciones Históricas	16

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Como Cronista de Torreón, en <http://www.cronicadetorreon.blogspot.com>

Comité editorial del “Mensajero”: Lic. Marco Antonio Morán Ramos. Mtro. Edgar Salinas Uribe. Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Lic. Julio César Félix, Lic. Rodrigo González Morales, Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

Colaborador Honorario en Madrid: Brigada retirado José María Ruiz Ruiz.

NOTICIAS DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Nuevo grupo de la cátedra “Historia, arte e identidad regional”

Como cada semestre, un nuevo grupo de jóvenes universitarios acude al aula del Centro de Investigaciones Históricas, con el objeto de cursar la clase-taller “Historia, arte e identidad regional. Esta materia repasa, con espíritu antropológico, la naturaleza de la cultura como construcción humana, y la historia de La Laguna desde el siglo XVI hasta el siglo XXI. Explora las características de la “laguneridad” (mentalidad lagunera) a partir de la historia económica.



LA COMPAÑÍA VOLANTE DE SAN CARLOS DE PARRAS (SEGUNDA PARTE)

Dr. Sergio Antonio Corona Páez¹

Para continuar con esta segunda parte de “La Compañía Volante de San Carlos de Parras”, mostraremos parte de los expedientes de algunos de sus miembros.



Soldado Montado, Caballería Provincial²

Juan Reyes Trujillo

En la hoja de servicios levantada a su nombre y fechada en diciembre de 1798, se consigna que el segundo alférez “Juan Reyes Trujillo” tenía 47 años de edad (debió nacer hacia 1751) y que era oriundo de “La Laguna de Nueva Vizcaya”. Su calidad³ era “honrado”,⁴ su salud, “robusta”. Se registra asimismo

¹ Maestro y doctor en Historia, Coordinador del Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Iberoamericana Torreón, titular de la cátedra “Historia, arte e identidad regional” de la Comarca Lagunera.

² Ilustración de Juan Marchena Fernández, “Uniforme de soldado montado, caballería provincial novohispana” en “Oficiales y soldados en el ejército de América”, Sevilla, 1983.

³ Por “calidad” se entendía entonces raza o condición social de noble o plebeyo.

⁴ La “honra” consistía en la buena opinión y fama adquirida por la virtud y el mérito. Era sinónimo del *honor* latino. *Vid.* Real Academia Española, *Diccionario*, 1817. Una persona honrada, alguien a quien se le atribuía y reconocía públicamente honra, aunque no entrara en el estamento nobiliario, tenía ya los méritos para ingresar en él.

que entró a servir como soldado de las compañías volantes de la Nueva Vizcaya el 4 de junio de 1772, es decir, a los 21 años de edad. En ese puesto sirvió durante siete años, hasta el 1 de noviembre de 1779, en que ascendió a cabo. El 1 de enero de 1782 logró el grado de sargento, y el 14 de enero de 1793, el de alférez. El rey Carlos IV ratificó la promoción con el despacho dado en Aranjuez, el 15 de mayo del mismo año. Dice a la letra este nombramiento:

EL REY. Por quanto atendiendo al mérito y servicio de Dn. Juan Reyes Truxillo, Sargento primero de la primera Compañía Volante, he venido en conferirle el empleo de 2º Alférez de la Segunda Compañía de igual clave de la Provincia de la Nueva Vizcaya, en las internas de Nueva España, por ascenso de Dn. José Ramírez que lo obtenía.

Por tanto, mando al Comandante G(ene)ral de las mismas Provincias internas dé la orden conveniente para que al expresado Dn. Juan Reyes Truxillo se ponga en posesión del mencionado empleo, guardándole y haciéndole guardar las preeminencias y exempciones que le tocan y deben ser guardadas, que así es mi voluntad; y que el Ministro de mi Real Hacienda a quien pertenciere, dé asimismo la orden necesaria, para que se tome razón de este Despacho en la Contaduría principal, y en ella se le forme asiento, con el sueldo que le correspondiere, según el último Reglamento, del qual ha de gozar desde el día de la fecha del cúmplase de este mismo Despacho, sin contribuir cosa alguna al derecho de media annata por dicho empleo, mediante a ser puramente Militar, y se tomará también la razón del presente en la Contaduría general de mi Consejo de las Indias. Dado en Aranjuez a quince de mayo de mil setecientos noventa y tres.⁵

Para 1793, Juan Reyes Trujillo había servido en trece campañas militares formales y en muchas más acciones de guerra, capturando un buen número de prisioneros.

⁵ Real despacho de Carlos IV confiriendo al sargento primero Juan Reyes Trujillo el empleo de Alférez de la Segunda Compañía Volante de la Nueva Vizcaya, Aranjuez, 15 de mayo de 1793, AGS, Provincias Internas, copia en el AHJAE.

Ignacio Cardoza

En el asiento de filiación elaborado a nombre de este lagunero en 1789, éste se declara hijo legítimo de José Cardoza y de Josefa Valdés. Debió nacer hacia 1732, de acuerdo a la información que proporciona. Dijo ser originario del “Río Nasas” y vecino del Real de Mapimí, arriero de ocupación. Su calidad quedó registrada como “español”. Su estatura era de cinco pies, dos pulgadas y dos líneas, es decir, un metro y 59 centímetros aproximadamente.⁶ Contaba con 57 años de edad cuando se escribió su carta de filiación. Declaró ser católico apostólico romano, y sus señas particulares eran las siguientes: pelo negro, ojos “pardos”, color “blanco”, ceja “entre rubia”, frente angosta con una cicatriz en ella, y otra detrás de la oreja derecha, barba cerrada. Inició su carrera militar en el Escuadrón de Dragones Provinciales del Real de Mapimí el 31 de enero de 1779, fecha en que firmó su ingreso ante Juan Fernández Carmona y se le leyeron las ordenanzas de costumbre. El 1 de octubre de ese mismo año pasó al Destacamento de Dragones del Pasaje. El 1 de febrero de 1784 ascendió a cabo y pasó como voluntario a la “nueva” Compañía de San Carlos de Parras, donde sirvió por seis años continuos hasta 1789, en que se elaboró el documento de filiación que sirve de fuente. El primero de enero de este año fue promovido al rango de sargento, con la aprobación de Juan de Ugalde, Comandante General de las Provincias Internas. El original de este documento quedó en el archivo de la Compañía de San Carlos de Parras, con el visto bueno de Antonio de Texeda.

En la hoja de servicio elaborada para el sargento “Ygnacio Cardoza” en diciembre de 1800⁷ se confirma su “país” como “Río de Nazas”, de calidad “honrado” y con salud “achacosa”. Seguía sirviendo en la Compañía Volante de San Carlos de Parras, y declaraba que en las “mariscadas” y salidas que habían hecho contra los indios, había recuperado cuatro atajos de mulas y caballada que llevaban robados los enemigos. Su hoja de servicios la certifica Antonio García de Texeda. En las observaciones que contiene se le concede valor, aplicación y buena conducta. Estaba casado. En la nueva hoja de servicios elaborada para el sargento Ignacio Cardoza en diciembre de 1792, se

⁶ El pie equivalía a 12 pulgadas, es decir, a 0.3048 metros. La pulgada equivalía a 0.0254 metros de acuerdo a Alejandro Brambila en *Topografía*.

⁷ AGS; copia en el AHJAE.

le menciona como miembro de la Compañía Volante de Caballería de San Carlos de Parras, como soldado, cabo y sargento. Ésta la certifica Juan Fernández Carmona.

Por otra parte, Ignacio Cardoza se encontraba entre los sargentos beneficiarios del premio de “tres tiempos” otorgado en el palacio de San Ildefonso, el 10 de agosto de 1798.⁸ Este galardón, de acuerdo a la Real Orden del 20 de agosto de 1773, se otorgaba a quien había cumplido en el servicio militar 15 años, esto es, “tres tiempos”, un lustro cada uno. La distinción consistía en una pequeña pensión mensual que se añadía a su paga normal.

Hilario Morales

En la constancia de filiación certificada por Antonio García de Texada el 6 de marzo de 1800,⁹ “Ylario Morales” declara ser hijo de “Antonio Morales” y de “Felisiana Albarado”; natural del pueblo de Parras, de oficio “campista”. Su hermana, María Rosa del Carmel Morales Alvarado, fue bautizada en Parras el 22 de septiembre de 1769, y se consigna que sus padres fueron Joseph Antonio Morales y Alexandra Feliciana de Alvarado.¹⁰ Ylario tenía una estatura de cinco pies y tres pulgadas, esto es, un metro y 60 centímetros. Su religión era la católica apostólica romana. Tenía cabello negro, su rostro era de color “trigueño” con hoyos de viruela, su nariz “larga”, y era lampiño de barba. El 1 de febrero de 1784 sentó plaza en la Compañía de Caballería de San Carlos de Parras. Como no sabía firmar, aceptó las ordenanzas haciendo la señal de la cruz, atestiguando el sargento Bernardo Castro y el cabo Antonio Orozco, de la misma Compañía. El 2 de junio de 1795, Ylario se reenganchó en el mismo cuerpo militar, y fue promovido a cabo el 28 de diciembre de 1796. En el primer tomo del libro de matrimonios de San José y Santiago del Álamo (Viesca, Coah.) fechado el 14 de enero de 1789, consta que “Ylario Morales” apadrinó una boda. El apunte dice:

⁸ Juan Manuel Álvarez de Faría concede el premio de tres tiempos a varios sujetos de la Compañía Volante de San Carlos de Parras, entre ellos el sargento Ignacio Cardoza, San Ildefonso, 10 de agosto de 1798. AGS, Provincias Internas; copia en el AHJAE.

⁹ AGS; Copia en el AHJAE.

¹⁰ Iglesia de los Santos de los Últimos Días; Microfilm C 601765.

...Yo Dn. Manuel Sáenz de Juangorena, Capellán de la Segunda Compañía V(olan)te de S(a)n Carlos de Parras y actual Ten(ien)te de cura deste Pueb(l)o de tres años a esta parte, desposé solemnem(en)te... ha José Ant(oni)o Flores, origin(ari)o del Pueb(l)o de San Juan del Mezquital...y ha María Josefa Fernádes, origin(ari)a del R(ea)l de Niebes... fue padrino Ylario Morales origin(ari)o de esta jurisd(icción), soldado razo de la segunda comp(añí)a V(olan)te de San Carlos de Parras que está a cargo del Capitán dn. Juan Fran(cisc)o Carmona, casado con María Eufracia García...¹¹

José Tiburcio de Rocha

Hijo de José de Rocha y de Ma. Teodora Gonzalez. Originario de la hacienda de Palmitos, jurisdicción de San Juan del Río, obispado de Durango. Su oficio, tal como se declara en su asiento de filiación, era el de “labrador”. Tenía 23 años en 1781 (nació hacia 1758) y cinco pies y una pulgada de estatura, es decir, un metro y cincuenta y cuatro centímetros. Católico apostólico romano. De pelo negro, ojos pardos, color trigueño, nariz chata y era “barbilampiño”. Fue electo miliciano el 24 de abril de 1781 en el Escuadrón de Guardias Presidiales de San Juan del Río. No sabía leer ni escribir. Fueron testigos suyos para ese primer periodo de servicio el sargento Bernardo Castro y el soldado Gregorio Quiñones. El 1 de enero de 1784, José Tiburcio pasó al Destacamento del Pasaje. El 1 de febrero de ese año fue transferido a la nueva Compañía Volante de San Carlos de Parras. El 1 de diciembre de 1795 ascendió a cabo. Su hoja de servicios está fechada en Álamo, el 16 de octubre de 1797.¹² Fue premiado con la pensión de “tres tiempos” otorgada en San Ildefonso el 10 de agosto de 1798.

Ildefonso Garavio

“Ildefonso Garavio” o “Galavio” (los documentos usan ambas grafías) nació en San Juan del Río, obispado de Durango, como hijo de Juan Garavio y de Marta Bérbara Quiñones. Era sastre de oficio. Medía cinco pies y dos pulgadas de

¹¹ Libro Tercero de Matrimonios de San José y Santiago del Álamo (Viesca, Coah.), 1788–1827, copia en el AHJAE.

¹² AGS; copia en el AHJAE.

estatura, lo que es equivalente a un metro y cincuenta y siete centímetros. Tenía 29 años en 1782 (debió nacer hacia 1753). Católico apostólico romano. Su color era trigueño con pelo negro crespo, nariz “regular” afilada, “barbilampiño”. El 19 de enero de 1782 fue electo miliciano. No sabía leer ni escribir. Atestiguaron su ingreso al servicio militar el sargento Bernardo Castro y el soldado José Sarmiento. Pasó al Destacamento de Dragones Provinciales del Pasaje el 24 de octubre de 1782. El 1 de febrero de 1784 fue transferido a la “nueva Compañía de San Carlos de Parras”. Usó de licencia por algún tiempo, y el 20 de febrero de 1794 se reenganchó para servir diez años. Su expediente menciona que se halló presente en “la función distinguida” del 27 de julio de 1797 en las inmediaciones del río de Teria contra los indios mezcaleros. Su filiación y expediente se encuentran fechados en Álamo, el 16 de octubre de 1797.¹³ Su nombre estaba inscrito entre el de los soldados que recibieron el premio de “tres tiempos” entregado en San Ildefonso el 10 de agosto de 1798.

José Rafael Soto

Nació en San Juan del Río, en la Gobernación de Durango, y era hijo de Damasio Soto y de Juana Rivas. Sentó plaza por diez años como voluntario en la Compañía Volante de Parras. Medía cinco pies y dos pulgadas (un metro y cincuenta y siete centímetros), tenía 20 años cuando se enroló. Católico apostólico romano de religión; tenía cabello y cejas negras, ojos pardos, estaba “pecoso de viruelas” y presentaba dos manchas en el lado derecho del rostro. Su alistamiento se realizó en el Álamo (Viesca, Coahuila) el 13 de abril de 1785, ante Juan Fernández Carmona. José Rafael Soto ascendió a cabo el 22 de enero de 1796. Su asiento de filiación y demás papeles se encontraban en el archivo de la Compañía Volante de Parras, a cargo de Antonio García de Texada.¹⁴

Juan Fernández Carmona

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*

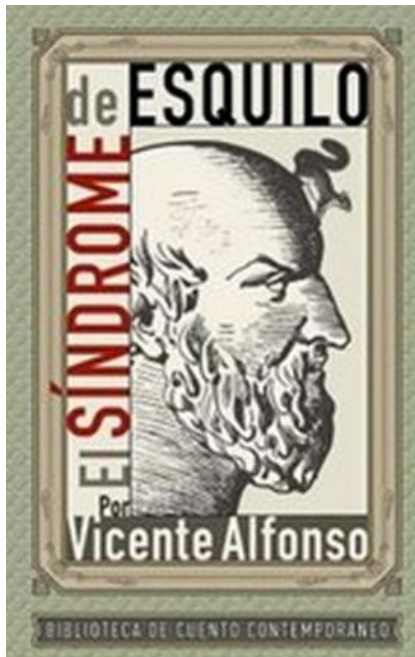
Como capitán del Escuadrón de Dragones Provinciales del Real de Mapimí, recibió y atestiguó el ingreso de Ignacio Cardoza el 31 de enero de 1779, y también el de José Rafael Soto en el Álamo el 13 de abril de 1785.

Juan Fernández Carmona nació hacia 1732 en Castilla la Vieja. Su hoja de servicios de diciembre de 1791 muestra que se le consideraba de calidad “hidalgo”, es decir, noble de sangre.¹⁵ En 1775 poseía el grado de teniente, en 1778 el de “ayudante mayor” y en 1783 el de capitán. Fue teniente del Presidio de Paso del Norte, ayudante mayor en los Escuadrones Provinciales de la Nueva Vizcaya, y capitán de la Compañía Volante de San Carlos de Parras. Antes de su estancia en el septentrión novohispano había servido desde soldado raso hasta teniente de granaderos del Regimiento de Milicias del Comercio de México. Estuvo presente en múltiples batallas y acciones de guerra.¹⁶

¹⁵ El cargo de oficial solía llevar anexa la calidad de “hidalgo”.

¹⁶ AGS; GM, leg. 7278, c. 7, f. 48; copia en el AHJAE.

EL MOSTRADOR



EL SÍNDROME DEL NARRADOR

JAIME MUÑOZ VARGAS

Celebro que un libro que estaba condenado a la lentitud, como muchos publicados en provincia, tenga hoy una reedición y la promesa de circular velozmente en todo el país. Me refiero a *El síndrome de Esquilo*, racimo de cuentos que hace más de cuatro años fue apiñado con el título *Naufragio en tierra firme* y que con algunas piezas nuevas busca hoy a los lectores que en su primera salida no tuvo y que por supuesto merece.

Soy sincero: no veo estrictamente necesario reescribir lo que ya dije en mi reseña sobre *Naufragio*: sólo añadido ahora que el Vicente de 2003 anunciaba para mí lo que ahora me queda todavía más claro: que es un notable narrador. Me asombró desde sus primeros cuentos, y ahora que revisito sus historias entiendo la razón de mi sorpresa: frente a la dificultad del molde, este joven lagunero trabaja con las mejores herramientas y consigue verdaderos cuentos, no esas anécdotas que llamo deshuesadas, sin enigma de

arranque, sin apretada trama, sin conflicto, sin intención climática, sin nada más que personajes que hacen cualquier cosa en un lugar equis y ya. Vicente, al contrario, arranca sus cuentos con los ojos bien colocados en el clímax; luego avanza, presenta el conflicto, somete al personaje principal a una crisis y al final, con maliciosa lógica, desenlaza la historia de un jalón, con pericia de viejo lobo.

El libro es redondo, lo que es muy difícil en el caso de todo cuentario. Prácticamente no hay rellenos ni puntos muertos. Tengo, sin embargo, tres o cuatro favoritos, textos que me parecen impecables: “El síndrome de Esquilo”, “Naufragio en tierra firme”, el excelente “Aquí nadie se enferma” y “Distancias de la vocación”. Los otros nunca desentonan, pero frente a un narrador tan exigente debemos atrincherarnos igual, como lectores perrunos.

Dije en 2003 lo que sigue, e insisto que hoy lo ratifico: los hipotéticos historiadores de la literatura lagunera tendrán claro que la generación de autores nacida en los setenta ha surgido con ímpetu de tolvana. Fernando Fabio Sánchez, Daniel Maldonado, Édgar Valencia, Miguel Báez Durán, Mariana Ramírez, Carlos Velázquez, Alberto de la Fuente, Enrique Sada, Miguel Ángel Espinoza, René Orozco, Daniel Lomas, Federico Garza y Daniel Herrera son, por ahora, los nombres más visibles y más sólidos. A ellos hay que agregar, en una posición de narrador excepcional, a Vicente Alfonso (Torreón, 1977). La emergencia de todos estos autores demuestra que, aunque en arte es difícil hablar de evolución, si podemos decir que hay un significativo salto de cantidad y calidad respecto de los escritores laguneros de promociones anteriores.

El caso de Vicente lo evidencia con claridad de mediodía lagunero: hoy es posible encontrar aquí poetas, narradores y ensayistas maduros y con menos de treinta años sobre cada una de sus espaldas. *El síndrome de Esquilo*, primer libro individual de Vicente Alfonso, enseña la bien articulada mente de cuentista que puede tener un joven cuando, además de talento, suma paciencia artesanal a la urdimbre de su estilo y a la peculiaridad de sus historias. Poco antes de dar a la prensa esta obra, Vicente había arrojado señales sobre su calidad de escritor en volúmenes colectivos como *Orfebrería de signos* y *Enseñanza superior*, ambos publicados por el Ayuntamiento de Torreón 2000-2002 en la Colección MM. Asimismo, su prosa crítica y

periodística se había desplegado en la revista *Estepa del Nazas* del Teatro Martínez y en el suplemento *Siglo Nuevo* de *El Siglo de Torreón*. Ahora, con *El síndrome de Esquilo*, este narrador nato viene a confirmar que la madurez creativa puede frutecer en plena juventud, apenas a los 25 años, o antes si es posible.

Desenfadado trotamundos —ha fatigado sus juanetes por Sudamérica y Europa—, Vicente demuestra que sabe aprovechar su experiencia de viajero para darle un tenue, nunca grandilocuente, empaque cosmopolita a muchas de sus tramas. Dotado de un olfato fino para contar, este miembro del taller literario coordinado por Saúl Rosales Carrillo en el TIM entiende que de nada sirven las buenas anécdotas o la información acumulada si no se vacían con una prosa espesa en todos sus renglones de un estilo cuya potencia literaria sea irregateable.

He allí, quizá, la mayor de las virtudes que exhibe en cada una de sus páginas *El síndrome de Esquilo*. El estilo ha sido trabado con adulta maestría, su equilibrio entre la dosis de poesía, el jugueteo verbal y la eficacia del mensaje resultan paradigma de lo que podemos definir como polisemia. En efecto, no hay literatura sin esa vuelta de tuerca, sin esa torcedura extra que deben tener, en contraste con el texto denotativo, las palabras en el discurso literario. Eso suele ser intuitivo por el escritor de buena madera, pero cuando llega a ser consciente —como parece ocurrir en el caso de Vicente Alfonso— la prosa alcanza niveles de malicia metafórica que aplacan el apetito de cualquier severo consumidor de renglones. Donde el lector hunda su mirada puede encontrar tropos que a borbotones redimensionan el sentido habitual de las palabras y, además, para no incurrir en la huera prosa poetizante, le añaden solidez a la estructura general de cada relato.

Quince piezas habitan este libro. El abanico temático es abierto, multicolor. El dominio de un estilo, junto a la pericia en el manejo de la arquitectura cuentística, son los comunes denominadores, las pautas que determinan su apretada unidad. Asombra, aparte, que un autor tan joven sea capaz de timbrar tantos registros psicológicos, geográficos y, por llamarles de algún modo, gremiales. Vicente Alfonso tiene la destreza para deambular con credibilidad por mundos y por almas que parecerían ajenos a su vivencia; eso es, precisamente, el olfato de tiburón que debe poseer todo narrador bien

alimentado de recursos, de mañas. Veamos tres casos salteados: “Sirena del Báltico” dibuja un solvente ingreso en el complicado universo de la museografía; “Cadáver a tres voces” no pierde un átomo de verosimilitud aunque transite por la babélica jerga de la medicina y “Domador de piedras” deja ver a un autor que sabe sacar provecho del campo semántico vinculado a la minería. Como éstas, otras tantas zonas temáticas —periodismo, comercio cafetero, política, magisterio— son pisadas por el autor con garra, convincentemente.

Extiendo este punto: cuando alguien escribe una historia con o sobre perros —recordemos el cuento “Leopoldo (sus trabajos)”, de Monterroso— no es suficiente acopiar abundante información sobre la materia canina. Si el autor no pule con habilidad esa materia, el cuento se quedará en cúmulo de datos, en desgredado amasijo de referencias a la realidad. Un buen narrador, al contrario, aprovecha la información vivida, o la compilada en libros, para entregarnos un artefacto de palabras donde parecerá natural el derramamiento de toda esa información, como ocurre en “Concertación del eclipse”, cuento donde Alfonso persuade al lector acerca de la catadura moral de un diputado entreguista y con ínfulas de mesías. Como en todo libro de cuentos digno de ese nombre, en *El síndrome de Esquilo* pueden ser admiradas varias historias merecedoras de feliz recordación, lo cual permite que este libro alcance un elevado porcentaje de bateo. Curiosamente, son las de mayor aliento las que dejan un mejor regusto en la memoria del lector. Todos los cuentos empiezan con un pinchazo a la curiosidad del usuario, continúan con soltura y cierran a todo tren, sin defraudar. Ya mencioné cuatro, pero a ellos hay que agregar, sin duda, “Naufragio en tierra firme” (excelente), “Distancias de la vocación” y “Réquiem por un payaso”. Con estos cuentos Vicente Alfonso confirma dos cosas: que es un precocísimo maestro del género y que su generación, la setentera, es ahora la más vigorosa en esta comarca que todavía no valora lo suficiente a sus artistas. Esperemos que el futuro los reconozca y los aprecie. Sería lo justo.

El síndrome de Esquilo, Vicente Alfonso, Ficticia Editorial-Dirección de Cultura de Torreón Colección Biblioteca de Cuento Contemporáneo, México, 2007.

EL RINCÓN DEL POETA

JULIO CÉSAR FÉLIX LERMA

HÖLDERLIN SUSURRANDO AL OÍDO DERECHO DE RILKE

A I.F

explorador de reverberaciones

Una rosa, Rilke,
sí son todas las rosas,
sin embargo, una rosa y un “ramo de nubes”
son la rosa, todos los vientos todas las nubes;
todas las demencias embellecidas
fraguando
al ser que somos
ramos de rosas
nube de ramos
rosa de nubes
risa de raza
raza que fragua
la abundancia de la flor;
Rilke:
ellos se siguen mirando, en tu viaje
sin retorno
en tus espejos fragantes de aromas inquietos
por el asomo de una reverberación vana
gratuita
de ojos futuros
ahora miedo
furia

avidez...
sólo quiero encenderte
el acecho de los ecos;
acordarte de la constancia
de la fuga
de las emergencias
a veces sospechadas.

De la tierra de los muertos;
por eso no todas las flores
son veranos exaltados
ni rosas redondas en reposo,
tu magia se trastoca
en las simulaciones
de un diálogo
de un canto que fenece
de tan sordo:
y que a pesar de todo
NO ESTAMOS TAN LEJANOS.

Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:

[http://sitio.lag.uia.mx/publico/servicios/archivohistorico/archivo1/ArchHistorico/loborampane/loborampane.htm](http://sitio.lag.uia.mx/publico/servicios/archivohistorico/archivo1/ArchHistorico/loborampante/loborampane.htm)

LIBROS DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679). Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

2.- Censo y estadística de Parras (1825). Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII. Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819). Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale. Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

7.- Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII. Sergio Antonio Corona Páez \$ 35.00

Otros

8.- La Comarca Lagunera, constructo cultural. Economía y fe en la configuración de una mentalidad multicentenaria. Sergio Antonio Corona Páez \$ 70.00

9.- Apuntes sobre la educación jesuita en La Laguna: 1594-2007. Sergio Antonio Corona Páez